

IV

Hemos hablado ya de la unidad esencial de la obra poética aleixandrina, de su progresión cíclica en diversos estadios de evolución. Esta unidad no sólo no se quiebra, sino que alcanza su plenitud en los dos últimos libros publicados hasta ahora por nuestro escritor: *Poemas de la consumación* y *Diálogos del conocimiento*. Aunque en ambos se nos ofrezca un ámbito diferente con respecto al resto de su mundo poético: hasta ahora, la poesía de Vicente Aleixandre constituía una visión pasional, exaltada, del mundo y del hombre, bien en cuanto elemento del cosmos, como materia conformante de la unidad perfecta del mundo, bien en cuanto que hombre mismo, en tanto que prójimo que exige, para sentirse realmente vivo, una nueva comunión: la solidaridad de los otros. En esos dos primeros ciclos, Aleixandre utiliza una palabra poética brillante, cargada de intuiciones, y de un dinamismo exultante, perfectamente acorde con el impulso amoroso que circula inacabable por los ríos interiores del mundo. Al leer *Poemas de la consumación* o *Diálogos del conocimiento*, lo primero que destaca es la opacidad que domina este nuevo ámbito, antes impregnado de brillo y luz; ese rescoldo ceniciento que ha sustituido al fuego o al bullir cálido de lo hondo. Consecuentemente, la expresión se desnuda, se hace mucho más concentrada e íntima; mucho más compleja también:

... en *Poemas de la consumación*, y de modo más acentuado aún en *Diálogos del conocimiento*, el centro del poema se ha desplazado al interior del hombre. Así, los elementos que entrarán en juego serán relativamente reducidos y resultarán operantes principalmente por la complejidad y recurrencia de sus relaciones (9).

La temporalidad, el vivir acosado del hombre, que Aleixandre había objetivado en su segundo ciclo, y que le ha permitido reconocer en la historia una duración devoradora, se ha cargado en *Poemas de la consumación* y en *Diálogos del conocimiento* de una mayor madurez. Digámoslo sin más rodeos: Aleixandre ha dado paso a la vejez como tema nuclear de su último ciclo. Suscribo las palabras de Gimferrer:

... libros de tema único, enunciando en sus títulos —la consideración de la vida desde la perspectiva de la vejez y la vecindad de la muerte en el primer caso, el enigma de la conciencia humana y el sentido del mundo en el segundo— que se contraponen por sus características externas (10).

(9) Pedro Gimferrer: «La poesía última de Vicente Aleixandre», *Plural* núm. 32. México, mayo 1974.

(10) *Idem, id.*

Una vejez que no responde a la idea de caducidad, de cansancio o abandono, sino a una madurez intelectual, a una sabiduría. Lo que hasta ahora era empeño por certificar, por conocer el mundo y la vida se convierte ahora (también con un sentido de revelación, de asombro, tan característico en su obra, pero irreversible ahora: la contundencia de la verdad) en reconocimiento, en sabiduría. La mirada, tan importante hasta ahora por su movimiento dinámico y extravertido, por salir del poeta y del amante (del hombre), para hacerse uno con el mundo, se vuelve aquí hacia el propio poeta para intentar ver dentro de sí mismo: ya el hombre no es materia del cosmos, ni prójimo necesitado de solidaridad, sino sentimiento del tiempo, reflexión y madurez intelectual.

La palabra no pretende expresar ya ni satisfacción ni clamor, sino que exige una certidumbre absoluta: el poeta no vive; contempla o recuerda, y sabe, porque el tiempo, en su lento acabar, le otorga esa sabiduría. Justo en el delgado límite entre la vida y la muerte, entre la luz y la sombra. Pero esta certidumbre final es una confirmación desoladora: el hombre se halla solo frente a la muerte, y la palabra únicamente conseguirá dejar testimonio de su presencia; ser remedo inútil de la plena libertad solicitada.

Los poemas del último ciclo adquieren, por tanto, un tono sentencioso, ejemplar. Veamos uno de ellos.

COMO MOISES ES EL VIEJO ***

Como Moisés en lo alto del monte.

*Cada hombre puede ser aquél
y mover la palabra y alzar los brazos
y sentir como barre la luz, de su rostro,
el polvo viejo de los caminos.*

Porque allí está la puesta.

Mira hacia atrás: el alba.

Adelante: más sombras. ¡Y apuntaban las luces!

*Y él agita los brazos y proclama la vida,
desde su muerte a solas.*

Porque como Moisés, muere.

No con las tablas vanas y el punzón, y el rayo en las alturas,

sino rotos los textos en la tierra, ardidós

los cabellos, quemados los oídos por las palabras terribles,

y aún aliento en los ojos, y en el pulmón la llama,

y en la boca la luz.

*** Cfr. Vicente Aleixandre: *Poemas de la consumación*. Ed. Plaza y Janés. Barcelona, 1968.

*Para morir basta un ocaso.
Una porción de sombra en la raya del horizonte.
Un hormiguear de juventudes, esperanzas, voces.
Y allá la sucesión, la tierra: el límite.
Lo que verán los otros.*

Aquí elige Aleixandre un tema bíblico que tendrá múltiples implicaciones en este discurrir final de su obra. Moisés, el caudillo, el conductor de su pueblo, sabe que no podrá culminar el viaje. Lo ha hecho todo: ha tomado la decisión y ha impulsado el éxodo de su pueblo; ha guiado a ese pueblo hasta la tierra de promisión, pero no alcanzará la plenitud que le será dada a los otros. Como Moisés, el viejo (el poeta), que se ha afanado por conocer, por revelar ese conocimiento por la palabra, por anular incluso la penosa sucesión temporal, y será, al fin, alcanzado por ese mismo tiempo, que le negará inapelablemente su libertad. Por eso, Aleixandre sitúa a Moisés en lo alto del monte, avistando la tierra de la que no participará: alcanzada la cima de su recorrido, incluso tiene ante sí el futuro, pero todo será inútil. Como Moisés, el viejo, que trata de componer una imagen viva a través de la cual pueda certificar su existencia. Aleixandre introduce entonces una serie de infinitivos para expresar tanto la plenitud de las acciones como su escasa concreción («puede ser aquél / y mover la palabra y alzar los brazos / y sentir cómo barre la luz...»), al tiempo que acelera esos actos con la urgencia de la situación, insistiendo en la conjunción copulativa, para concluir sintiendo la negatividad del tiempo: la luz ya no ilumina su ámbito, sino que se revuelve contra él y barre, «de su rostro, / el polvo viejo de los caminos». Anula la historia, la convierte en cero a extinguir.

Como Moisés, el viejo se sitúa en ese límite que separa el alba del ocaso (nótese la elipsis utilizada: «La puesta»); entre la luz nacida en el origen, y las sombras, delante, infranqueables, aunque solícitas («¡Y apuntaban las luces!»), señalando el origen de un nuevo discurrir para otros. El límite que antes separaba a los hombres entre sí, y que el poeta había logrado disolver con la palabra (o ese mismo límite que el amante anula en la destrucción, el amor, porque se ofrecía al conocimiento revelador), es ahora presencia, certidumbre ante la que es inútil luchar: sólo «agita los brazos y proclama la vida», único remedo posible ante la soledad de la muerte. De la misma forma en que el bufón velazqueño intentaba, con el aletear de sus brazos, cruzar el breve umbral que lo separaba de los demás. Creo importante señalar cómo Vicente Aleixandre desarrolla toda su poesía precisamente en esta sutil frontera que precede a la revela-

ción del conocimiento, y que cuando logra atisbar *el otro lado* esa certidumbre es, exactamente, la sabiduría de la muerte, de la imposible solución del conflicto sustancial entre el hombre y su vida.

Las dos estrofas centrales del poema tratan de explicitar ese conocimiento, y ambas se inician con la partícula causal *porque* y la exposición de las similitudes entre el viejo y Moisés: no muere Moisés (el hombre-viejo) en el punto culminante de su existencia, cuando ingresa en el conocimiento, sino cuando ya sabe su experiencia. No con las *tablas*, el *punzón* o el *rayo* (los tres objetos atributos del poder, de la revelación del conocimiento, se nombran sin más, son rotunda afirmación), sino con los textos *rotos*, *ardidos* los cabellos, *quemados* los oídos por las palabras *terribles*... Lo importante en esta segunda enumeración son los adjetivos, formas de participio, y todos ellos negativos, para expresar el tiempo consumado—compárese con la tendencia ya advertida en poemas anteriores a utilizar participios de presente o gerundios—, que trata de contrarrestarse, en un último esfuerzo que perdura con escasa intensidad, pero que se agolpa con urgencia en el instante: «y aún *aliento* en los ojos, y en el pulmón la *llama*, / y en la boca la *luz*». Aliento, llama y luz, tres elementos que en la imaginería alexandrina han guardado siempre el misterio de la vida y la libertad, el conocimiento.

Como Moisés, que no se resigna a no ver la tierra prometida, el viejo: la libertad ante él; sin embargo, la revelación gozosa del mundo, atenuada al reconocerse la soledad del hombre que exige la salvación de los demás, acaba por ser certidumbre de la imposible posesión de una total libertad, cuando se *sabe*. Guillermo Carnero lo ha expresado con acierto:

Quando el proceso cognoscitivo ha terminado, el que lo emprendió se encuentra provisto de una sabiduría: conocer es una actividad y saber un resultado inmóvil. Esa sabiduría viene con la edad, y puesto que la vejez es incompatible con la vitalidad, y la sabiduría se adquiere una vez que el camino del conocimiento ha sido recorrido, esa sabiduría se opone a la vida... (11).

Y la última estrofa del poema refrena precisamente ese ritmo acelerado de la enumeración, enfrentándose, al propio tiempo, la sensualidad apasionada por la vida («Un hormigueo de juventudes, esperanzas, voces») a la porción de sombra que ya apunta en el horizonte. Lo aún no vivido, pero que la mirada descubre en la última certidumbre del conocimiento, será reconocido por la sabiduría como

(11) Guillermo Carnero: «Conocer y saber en "Poemas de la consumación" y "Diálogos del conocimiento"». *Cuadernos Hispanoamericanos* núm. 276. Madrid, junio 1973.

el límite infranqueable: lo sensorial, confusión caótica del pasado, opuesto en sereno pero dramático paralelismo a lo intelectual: «la sucesión, la tierra: el límite». El ritmo interior de ambos versos apoya significativamente esa bipolaridad: el bullir sensual, de una parte; la fría horizontalidad del paisaje interior, de otra.

El camino pautado de la poesía de Vicente Aleixandre, que se inició con una pujanza dominadora, se remansa y aquieta, se consume reflexivamente en el final. La palabra desbordada y enriquecida, producto del constante revelarse del conocimiento, se concentra y despoja de toda brillantez para alcanzar la rotunda certeza de la sentencia y la reflexión. Se cumple de esta manera, y de forma perfecta, el ciclo unitario de esta poesía, cuyas tensiones abarcan no sólo el misterio de la existencia, sino la plenitud vital del hombre. El poeta hace dejación de su yo y la experiencia no se recupera en los poemas; se funda en ellos la verdad y la palabra por la que el poeta es capaz de conocer el sentido pleno de vivir: se vive mientras se conoce, mientras se mantiene la inquietud y la sugestión del conocimiento, siempre perfectible. Cuando se ha llegado a saber la verdad, el tiempo concluye. Lo que antes era luz, hormigueo, aliento, es ahora sombra, estatismo, soledad.

La lección es dolorosa; como la existencia del hombre: perseguidor constante de su libertad y de la felicidad, que jamás podrá conseguir absolutamente, y lo sabe. Pero únicamente cuando, alcanzado el límite, todo lo que ante su vista se tiende es luz reservada para otros, nunca para él.

JORGE RODRIGUEZ PADRON

Apartado de Correos 74
CULLERA (Valencia)